

## La luz bajo las olas

El fuerte viento parecía transformar la lluvia en diminutas agujas frías que le azotaban la cara, por mucho que intentase protegerse. La tormenta se había convertido en una de esas luchas de elementos entre el mar, la tierra y los vientos que sólo se producen en el litoral. Gilliag intentó cubrirse más el rostro hundiendo la cabeza entre los hombros y ajustándose la capa, al tiempo que apretaba el paso calle abajo, entre el fango. Lond Daer hacía mucho que había dejado de ser un lugar seguro. De puerto de los Númenóreanos a poco más que un pueblucho pesquero con unos pocos viejos marineros, que habían de convivir junto a los maleantes, borrachos y pendencieros habituales que toda ciudad costera acostumbraba a tener. No era, sin duda, el mejor sitio para pasearse de noche y menos una como aquella, llevando monedas en el bolsillo por pocas que fuesen, que parecían pedir ser robadas por el primer ratero con el que se cruzase. Así que con la mano izquierda sujetaba medio cerrada la capa justo un palmo por debajo del broche, que no era más que un viejo anzuelo romo pasado por un ojal anillado, mientras que con la derecha agarraba el pomo de la empuñadura de una daga que llevaba escondida en el cinto, que las veces hacía de arma defensiva y de navaja en alta mar.

Torció por un estrecho callejón a mano izquierda, saliendo de la calle ancha que se empeñaba en acumular barro y se encontró a los pocos pasos con la mal iluminada entrada de una taberna. Un candil que sorprendentemente permanecía encendido desafiando el viento y la lluvia, dejaba entrever un letrero de madera tallada que decía: *El Velero Zozobran*. Un bajel de pintura desgastada surcaba un mar embravecido, sobre las letras labradas. Todo marinero ebrio que hubiese salido del lugar alguna vez, había sido blanco de burla por parte de sus camaradas sobre su peor estado respecto al de la nave de la entrada, a punto de naufragar. Era una broma demasiado habitual. Entró. Dentro el ambiente era el mismo de casi todas las noches de invierno: una lumbre encendida al fondo del local, una decena de mesas alargadas con salteados grupos de gente bebiendo, riendo y gritando, un par de madereros comerciantes venidos de Eryn Vorn mezclándose entre los lugareños, en la barra algún forastero probablemente extraviado que aún se preguntaba cómo había llegado a una taberna como esa y, sirviendo a todos, un tabernero bajo de estatura que soltaba la lengua con más rapidez de la que atendía las mesas. Al fondo, en una mesa cerca del fuego, vio a Tom y Leonard. Se abrió paso entre la gente y las mesas.

—Hola Tom, hola Leo —dijo mientras se sentaba frente a ellos.

—Ya discutíamos si ibas a venir o no, Gilliag —dijo Tom al mismo tiempo que levantaba su vaso dos dedos de la mesa, como recibimiento.

A Leonard le sorprendió en medio de un trago y apenas pudo emitir un sonido con la garganta, a modo de saludo de bienvenida.

—Me pregunto —empezó a decir Gilliag mientras se servía la poca cerveza que le habían dejado—, ¿por qué siempre nos sentamos en esta mesa?

—Porqué somos marineros con los huesos y el corazón frío, Gilliag —respondió con socarronería Leonard, que ya había apurado su trago—. Y la cercanía con el hogar nos reconforta el alma después de tantas horas trabajando helados, allá en la mar. Soy un tipo con sentimientos, amigo mío.

—¡Cierto! *Sientes* que necesitas un trago todas las noches y *mientes* más que la luna.

Los tres rieron un momento, en seguida Gilliag empezó a mirar hacia los lados levantando la cabeza. Leonard entendió a quién buscaba.

—No te preocupes Gill, en cuanto vea pasar un brazo alzado con una bandeja en lo alto llamaré a ese medio tabernero de Neth.

—Gracias Leo —dijo Gilliag—, pero seguro que aparece con una jarra de cerveza llena cuando menos lo esperes, como siempre.

Leonard soltó un bufido por un lado de la boca y esbozó una media sonrisa.

–Y bien –siguió diciendo Gilliag–, ¿qué tal tu día? Tom y yo hemos vuelto con una buena captura. Seguro que ya ha gastado parte de lo que le paga mi padre en cerveza...

–¡Apenas una moneda! –rió tímidamente Tom y en seguida bajó la voz– Y Leo acaba de echarse en el vaso lo que quedaba de ella. Pero en fin, hace un rato hemos estado hablando otra vez con el bueno de Ern...

–¡JA! El *bueno*, dice –le interrumpió Leonard–. El *viejo y loco* de Ern, deberías decir más bien.

–...y nos ha vuelto a hablar de esas historias –continuó diciendo Tom mientras miraba fugazmente a Leonard, aunque ignorando su interrupción. Rápidamente volvió a poner su vista en Gilliag–. Las historias que cuentan los ancianos de una luz en el mar por las noches. Una luz bajo las aguas, que no se extingue ni se consume. Una luz que les atrae, bella. Una luz azotada bajo las olas, pero imperturbable. La misma historia que ya hemos escuchado antes, Gilliag.

–¡Bah! –Se burló Leonard de nuevo–. Historias que nos han contado ancianos. La mayoría de ellos borrachos y el resto medio locos por la sal y el rumor del mar royendo sus oídos durante años. Historias de viejos que les cuentan a sus nietos antes de dormir para que creen fantasías, ¡y tú te las estás creyendo Tom!

–A mí también me gusta crearlas, Leo –intervino Gilliag–. En el Gran Mar hay mucho más que olas y los peces que sacamos de él. Y parece que olvidas que vivimos en tiempos y en tierras extrañas. Hace tiempo que este pueblo pasa desapercibido para el resto del Mundo, pero ahí fuera, o allá lejos, siguen ocurriendo cosas. Los tiempos no se han detenido. Pocos viajeros vienen ahora hacia el sur desde el Camino Verde, o por el río desde Tharbad; menos aún son los que se desvían al oeste desde Gondor o Rohan por el Camino del Norte. Pero los escasos que lo hacen traen consigo noticias e historias, dicen que los días se vuelven sombríos y peligrosos, cada vez más. Dicen que una *Maldad* vuelve a atemorizar desde el Este. Un poder oscuro que algunos creían derrotado se revuelve de nuevo tras las lejanas Montañas de la Sombra y muy pocos se atreven a pronunciar su nombre, aunque sepan cuál es. Recuerda que hace semanas unos peleteros vieron jinetes siniestros que parecían venir de la Tierra Tenebrosa, completamente vestidos de negro y que cruzaron el Isen por el paso de Rohan, rumbo al norte. Hasta tú escuchaste esa historia y te inquietó, como al resto. ¿Quién sabe lo que sucede más allá de los campos y las granjas que rodean Lond Daer? En estos días parece que podemos ver cualquier cosa, incluso alguna venida de tiempos remotos y de historias pasadas, que casi habíamos olvidado, pero que siguen estando presentes, por malas que sean y por poco que nos gusten.

–Increíble, ya son dos –insistió Leonard–. Por supuesto que he oído esas historias que cuentan los forasteros. Me creo pocas, desoigo algunas e ignoro el resto. Pero quizá sean ciertas las que conciernen al Este. Se ven cosas extrañas en estos días y los vientos así lo parecen indicar –parecía que Leonard se había puesto serio al hablar de este tema. En seguida volvió a su habitual tono burlón–. Pero en cuanto al tema que nos atañe, eso es otro cantar, como se dice. Una *luz* bajo las olas en medio del Belegaer, hermosa y terrible. Tan hermosa que atrae a los marineros y que se lanzarían a buscarla solo valiéndose de sus brazos y una buena cantidad de aire en los pulmones. Permitid que no lo crea. Son sólo cuentos de pescadores que se alejan demasiado de sus casas, adentrándose en los peligros del mar de noche y regresan perturbados, o lo que es más fácil, borrachos. La única luz que quiero encontrar en el mar de noche es la que me indique donde está el puerto y una vez allí, la luz que me indique dónde está la taberna más cercana.

Sentenció Leonard. Los tres rieron con su última aportación. En ese momento apareció un camarero bajito y con la cara simpática bien rasurada. El pelo sudoroso y pegado a la cabeza pero con la raya perfectamente marcada a un lado, del que se le descolgaba un mechón liso que le caía sobre la frente y del cual se intentaba librar sin mucho éxito con un fuerte soplo. Las manos no descansaban y ya recogía la jarra vacía casi al mismo tiempo que les dejaba otra nueva llena y un vaso para Gilliag.

–Justo a tiempo Neth –dijo Gilliag–, estaba a punto de ir a buscarte entre el gentío.

–Si la cerveza no se deslizara más rápido por la garganta de Leonard de lo que lo hace la lluvia por los tejados esta noche –respondió agudo el camarero–, me daría tiempo a no tenerte esperando Gill. Pero hoy nuestro amigo parece querer olvidar a alguna *dama*, por la fiereza con la que bebe.

–Entonces debería beber mucho más para olvidar a todas las damas que ya me olvidaron a mí primero. No dejes de atribuirle el mérito a tu cerveza, *tabernero* –le dijo cortésmente Leonard.

Neth le sonrió y les hizo un gesto con la cabeza, volvió a marcharse y al momento se perdió de nuevo entre el humo y los clientes.

Durante el tiempo que les duró toda aquella jarra de cerveza estuvieron hablando de sus asuntos, pero principalmente del clima, las capturas y la mar. Gilliag y Tom trabajaban para el padre del primero, echando y recogiendo las redes, o manejando las velas. Pescaban todo lo que podían cada día para luego venderlo en puerto. Al igual que Leonard, pero éste era su propio patrón tras la muerte de su padre años atrás, después de un accidente en alta mar. Había heredado su barco y su costumbre por la bebida desde entonces; contrataba marineros que le ayudaran con el manejo del barco, el velamen o las redes de pesca. Los tres eran buenos amigos desde hacía años, se habían conocido de niños jugando en el puerto, como todos los hijos de pescadores, jugando entre señoras que remendaban una vela o reparaban una red, entre el fuerte olor a sal y restos de pescado. Tom era el más joven con veinticinco años, Gallor el padre de Gilliag, le contrató como aprendiz por compasión, su madre había enviudado joven y pagaba al flaco y pelirrojo amigo de su hijo como pescador. Le gustaba, era un buen jornalero, más trabajador que hablador, en poco tiempo se ganó su confianza y sobre todo su sueldo. Por edad, de los tres amigos, luego iba Gilliag con veintiocho años. Le tenía cierto aire a Tom pese a no eran familia, flaco aunque más alto, de pelo castaño y rasgos más afilados. Leonard era el más *viejo* como le decían los otros dos, andaba ya por los treinta pero era alto, fuerte y moreno; muy corpulento y de brazos musculosos. Los tres siempre habían sido grandes amigos, sobre todo Leonard y Gilliag que se conocían casi desde que empezaron a andar, primero uno y luego el otro.

La conversación fue derivando hacia historias de lugares lejanos que habían escuchado de unos forasteros y hacia leyendas y mitos, que como a todo buen marinero les gusta escuchar. Finalmente terminaron llegando de nuevo al tema inicial que había planteado Tom.

–No es tan absurdo –decía Tom–, incluso algunos Elfos, de los que navegan con esos blancos barcos a recoger a sus hermanos que aún quedan en la Tierra Media, dicen haber visto esa misma luz por la noche, en el Gran Mar.

– ¿Cuántos Elfos has visto entrar en *El Velero Zozobante*? –preguntó con una sonrisa Leonard.

–No aquí, no yo. Pero sí Gunt. Él los vio. A él se lo contaron y luego me lo dijo a mí.

–En este caso –intervino Gilliag–, estoy de acuerdo con Leo –Leonard asintió y le señaló con una ademán de la cabeza–. Gunt no es el más fiable de entre los que acostumbraban a contar historias. Aunque eso no quita que no crea que hay *algo* que atrae a los marineros que ven esa luz. De hecho creo en *esa* luz.

–Gracias –tomo el hilo Leonard–, aunque fuese verdad que algún Elfo quisiera hablar con Gunt, seguro que lo hacían sólo para tomarle el pelo. Y de acuerdo, voy a ser tan bobo como vosotros y creer en esa luz. Bien, ¿qué es? Decidme. ¿Cómo es posible que haya un fuego que ilumine desde las profundidades del mar y que no se extinga? Y más aún, ¿qué poder ejerce sobre quienes la ven, que muchos sienten la necesidad de arrojar al mar a buscarla?

–No sé qué es Leo –respondió Gilliag–. Creo en ella, o quiero creer en ella, pero respuestas no puedo darte ninguna. Aunque me gustaría verla, eso seguro. Y comprobar entonces cómo es de grande su belleza. Y saber si es real...

–Y que te tomen por un borracho cuando vuelvas –apuntó Leonard–, como a los demás. Todos se quedaron mirando la mesa o el fondo de su vaso.

–Bueno –empezó a decir tímidamente Tom–, yo tengo una idea de lo que puede ser. A menudo hemos oído viejas historias de los Días Antiguos. Todos sabemos los peligros que se corrieron y las luchas que sucedieron. Repetidas veces han contado y cantado esas historias de grandes héroes cuando éramos niños. De cómo Ungoliant envenenó Laurelin y Telperion. De cómo el hábil Fëanor creó sus joyas. También la historia de Beren y Luthien, de su amor. De las guerras que siguieron, como la Batalla de las Lágrimas Innumerables, o la posterior caída de Gondolin. De cuál fue la suerte que corrieron los Silmarils. Uno en el firmamento, llevado por Eärendil. Otro en las entrañas de la tierra, donde sólo hay fuego. Y el último, en la desesperación de Maglor, arrojado al fondo del Mar...

Dejó esas palabras en el aire y guardó silencio. Los tres guardaron silencio.

–Bien, esto va a necesitar algo de humo.

Leonard era el único que fumaba de los tres. Sacó una pequeña pipa gris claro tallada en espuma de mar, sin ornamentos, ni filigranas, ni detalles. Era una simple pipa de cazoleta redonda y lisa, con la boquilla en forma de S exagerada, tanto que cuando la tenía en la boca el hornillo casi le llegaba por debajo de la garganta. Prensó en ella un poco de tabaco y la prendió con una ramita que había encendido en el fuego por un extremo. Empezó a sorber y miró a sus compañeros con los ojos medio ocultos, desde detrás del humo.

–¿Estás insinuando...? –Continuó Leonard en voz baja–. Mejor dicho, no. No insinúas. Lo dices con la boca bien abierta. ¿Estás diciendo que la luz que esos locos y esos borrachos ven en el mar, no es otra cosa que el Silmaril de Fëanor? ¿El Silmaril que su hijo Maglor arrojó al Belegaer hace más de seis mil años? ¿De verdad estás diciendo eso, Tom?

–¿Qué otra cosa puede ser si no? –Se justificó Tom–. Además, ya hemos hablado de algunas de las cosas que están sucediendo ahí afuera. Es Noviembre del año 3.018 de la Tercera Edad. ¿Quién sabe lo que podría estar pasando ahora mismo en la Tierra Media y nosotros no sabemos? Así que, ¿quién sabe lo que puede haber sucedido en las profundidades marinas durante todos estos años? Las corrientes son fuertes y las mareas traicioneras. Las tierras cambian. Los fondos marinos se mueven, tú lo sabes. Bien podría haberse movido de allá dónde estuviera descansando y que ahora fuese más visible. Es posible incluso que alguna criatura lo engullera, seducida por su brillo y su belleza; y que el Silmaril le quemara en las entrañas hasta que acabara muriendo en alguna elevación submarina, dejando ahora la joya mucho más a la vista, más expuesta a quien navegue cerca de ella.

–¡Maldita sea! –rio Leonard, que tenía los ojos abiertos como si no tuviera párpados–, ¡no has tomado tanta cerveza esta noche para que digas esas tonterías, Tom! Gilliag pon algo de sensatez en la cocorota de este soñador.

Gilliag, que lo miraba fascinado, con los ojos casi tan abiertos como Leonard, pero con una media sonrisa dijo:

–No es tan descabellado, Leo. A decir verdad, es la posibilidad que ahora mismo mejor encaja en toda esta historia. Es más, ojalá pudiese verla con mis propios ojos. Quizá sea la cerveza de Neth que esta noche está especialmente deliciosa y me hace decir locuras, pero ¿por qué no? Deberíamos hacerlo. Deberíamos partir una tarde y navegar hasta la puesta de sol, que la noche nos alcance en alta mar y buscar la luz de la que hablan esos marineros.

–¿Pero qué chifladura os ha tocado a vosotros dos? –intervino Leonard. Parecía que intentaba contener una carcajada, pero realmente estaba sorprendido.

–De momento ninguna Leo –dijo Tom–, yo no he dicho que vaya a lado alguno. Si el padre de Gill descubre que hemos cogido su barco para navegar en plena noche por el Belegaer, chaladura o no mediante, nos colgará del mástil, como si fuésemos velas. Y lo hará con ambos, tú no te librarías por ser su hijo Gill.

–Por ser su hijo seguro que conseguía un castigo mucho peor –aseguró Gilliag con una sonrisa–, que me colgase más alto. Pero incluso así quiero hacerlo, siempre hablamos de las viejas historias y los héroes que en ellas aparecen. Ahora puede que tengamos una aventura delante de nosotros, al alcance de la mano.

—Aunque todo fuese cierto —dijo seriamente Leonard—, no está al *alcance de la mano*. Si no en el fondo del mar. A quién sabe cuántos codos de profundidad.

—¿Y no te gustaría ver esa luz, Leo?

—Me gustaría ver como ninguno de vosotros dos encuentra nada, ya que allí no habrá nada. Millas y millas de viento y olas. Y me gustaría llamaros bobos con motivos. Pero sí. En caso que ambos estuvierais en lo cierto, en el supuesto que la luz existiese y sea aquello que Tom sugiere y tú respaldas, e incluso aventurando que la encontrásemos entre tanta agua y espuma de mar. En ese supuesto sí, claro que me gustaría poder estar allí y verlo. Y decir entonces que yo era el bobo ingenuo que se equivocaba. Si os soy medio sincero y esforzándome para dejar que sea mi faceta más crédula la que hable, es posible que haya algo, alguna criatura quien sabe, o alguna magia o ardid del Pasado, o algo que ni siquiera comprendemos, pero para nada abrigo la posibilidad de encontrar lo que decís. Aunque realmente sois unos ingenuos vosotros dos por querer enrollaros en semejante aventura. Todo esto es muy confuso, además hace tiempo que no tenemos bebida... ¡Y nos estamos quedando solos!

Miraron a su alrededor y descubrieron que mientras debatían acerca de luces y viajes el local se había vaciado lentamente. Apenas quedaban cuatro individuos sentados a dos mesas de la suya cuya conversación cautelosa no parecía concernir a ningún asunto lícito. Nadie más excepto Neth que limpiaba las mesas y recogía jarras, vasos y platos amontonándolos en un perfecto y asombroso equilibrio. Ni marineros, ni madereros, ni forasteros extraviados en la barra, todo vacío.

Los tres coincidieron en que era mejor dejar en ese punto la discusión, al día siguiente tenían que volver a hacerse a la mar a faenar. Retomarían la conversación y el *plan* en los días venideros. Abandonaron la taberna juntos tras despedirse fugazmente de Neth y rodear la mesa con los cuatro individuos. Un par les lanzaron miradas hoscas, los otros dos ocultaron su rostro sin levantar los ojos de la mesa de madera. Pero nada sucedió. Cada uno terminó en su casa y envuelto por los sueños que le correspondían, o sin ellos.

Durante las semanas que siguieron fueron coincidiendo en *El Velero Zozobran* más de una noche, pero sus asuntos quedaron aparcados hasta casi no hablar de ellos. Sin embargo al tiempo que se adentraban en el invierno y las noches prevalecían frente a los días, las noticias de guerras en el Este aumentaban. Cambiaron de año y el comerciό pareció interrumpirse. Apenas había trabajo para los marineros debido tanto a la mala mar, como al poco consumo. Rohan había cerrado sus fronteras y Gondor estaba más ocupado en defender sus fronteras orientales. Lond Daer era un mercado demasiado limitado. Los días fueron volviendo más sombríos, se hablaba ya abiertamente del regreso de Sauron y la Última Guerra que había puesto en marcha. Se susurraba en pequeños y privados cónclaves que un arma del pasado había resurgido para ir a la guerra y que el Señor Oscuro la buscaba furiosamente. Siguieron pasando las semanas y no llegaban nuevas favorables, más bien todo lo contrario. Se supo para consternación de los lugareños que el otrora aliado y buen cliente de su pescado en salazón, Saruman, había cambiado sus sequitos y criados por ejércitos de orcos con los que batallar contra Rohan. Ya entrados en Marzo llegaron a la ciudad quienes decían que había sucedido una gran batalla en un lugar para ellos desconocido y lejano al que llamaban Garganta de Helm, o Abismo de Helm, o algo similar. Alcanzaron la primavera y esta dio paso a Abril. Durante semanas no hubo noticia ninguna. Pero los días se volvían tensos y vigilantes. Los habitantes de Lond Daer parecían esperar conscientes que algo estaba por acaecer, para bien o para mal. Terminó el mes de las lluvias y las primeras flores y entraron en Mayo. Poco a poco volvieron a llegar a la ciudad forasteros por los caminos, comerciantes y viajeros centrados en sus asuntos, pero todos ellos traían noticias de alegrías y victorias.

Se repetían historias acerca de una terrible batalla frente a la ciudad de Minas Tirith, donde Hombres de Rohan y Gondor habían vencido a gran parte de las huestes de Sauron, formadas por decenas de miles de Orcos, Haradrim y Orientales. También se cantaba acerca de

la aniquilación final de los ejércitos en otra batalla justo ante las Puertas Negras de Mordor. Y lo más extraño y esperanzador, se contaba que una pequeña raza venida del Norte había conseguido derrotar al Enemigo para siempre destruyendo la poderosa arma que buscaba. Otros decían con gran alegría que volvía a haber un Rey en el trono de Gondor, un Rey que parecía salido de las antiguas canciones. Y que su consorte era una Elfa, la más hermosa que había sobre la Tierra Media en esos días, en la que se parecía reencarnar toda la belleza de Luthien. Que volvería la paz, terminarían las horribles guerras y los días placenteros y prósperos se sucederían de nuevo. Así eran todas las noticias que llegaban a Lond Daer y al resto de las tierras libres y que se iban extendiendo y ramificando, como las raíces de un gran árbol, hasta llegar a los oídos de todos.

Del mismo modo se había recobrado la actividad comercial, el tiempo era más favorable y apacible para la navegación y los pescadores volvían a lanzar sus redes y cañas. Poco a poco parecía que la normalidad se instalaba de nuevo y los tres amigos hacía unos días que habían retomado sus historias de marineros y sus planes. No dejando por supuesto de debatir acerca de la gran cantidad de novedades que llegaban de las fronteras. Pero cada vez que tenían ocasión se hablaba de *su* tema, aunque discretamente, y se hacían preparativos mentales e intentaba elegirse la mejor fecha para partir. No había una noche en la que se reunieran abordando el asunto y en la que Leonard no terminara lamentándose de la mala suerte que les esperaba, clamando y rogando por la benevolencia de Ulmo.

Necesitaron de bastantes encuentros pero finalmente se decidió que la mejor época para el viaje, era una vez hubiese llegado Junio, para el que apenas faltaban unos días. El plan inicial era partir a la tarde con la nave del padre de Gilliag tras haber regresado de trabajar, haber descargado, vendido las capturas, limpiado la cubierta, reparado los desperfectos más urgentes y dejado todo listo para el amanecer del día siguiente. Pero Leonard terminó por ofrecer su propio barco, entre soplidos aunque sabiendo que hacía un favor a Gilliag (y a Tom) evitándole que “en caso que regresaran” así decía él, terminara colgado de lo alto del mástil.

La embarcación de Leonard no obstante, era unos años más moderna que la de Gallor y con unos pies más de eslora. Aunque se había construido con las mismas técnicas que las otras en Lond Daer, constaba de un casco almendrado de unos treinta y dos pies de eslora por quince de manga. La estructura del casco se mantenía sujeta de costado a costado por cinco tramos de cuadernas que bajaban hasta unirse con varengas en la sobrequilla y bajo esta, una quilla saliente y afilada que trazaba las aguas. Otros cinco tramos de baos sujetaban la estructura superior yendo de una cuaderna a otra y cortando por debajo de las maderas de la cubierta. Diversos tramos de mamparos y tablas separaban el vientre de la nave manteniéndolo estanco y aportando diversos compartimentos, uno en la amura de proa que se usaba para guardar el velamen y cabos, y otros dos en la aleta de popa, uno a cada lado de la caña del timón, utilizados para almacenar las capturas y un gran mástil de más de veinte pies salía de las entrañas de la nave, proyectándose hacia el cielo como una aguja afilada. La vela mayor se desplegaba izando una verga que descendía diagonalmente, sobresalía unos tres codos más allá de driza de la mayor y de ahí hasta amarrarse a la proa en el puño de amura. De perfil en lanzada era el tajamar y terminaba en un modesto aunque bello mascarón tallado que representaba una de los Oarni y que se había pintado con vivos colores en su día, pero que ahora estaban desgastados. La figura femenina era de tez clara y rostro hermoso con los ojos color verde penetrante, como la hoja del nenúfar y una melena ondulada y negra, como las ondas del mar en las noches sin luna. El torso estaba descubierto mostrando unos pechos firmes y de cintura hacia abajo no tenía piernas, ni pies, ni atributos femeninos, sino que una cola cual animal marino le nacía justo debajo del ombligo; grandes escamas turquesas la formaban y terminaba en una elegante aleta caudal azul, verde y blanca, como la espuma y las olas cuando rompen en la costa. El resto del casco estaba pintado de blanco, excepto una línea de aproximadamente unas seis pulgadas en azul oscuro, justo en el último tramo de maderos de la borda. Todo el interior y la cubierta eran del color del roble con el que estaba construido.

Era un buen barco, aunque Leonard no lo trataba del todo bien. No era descuidado, pero sí temerario. O al menos así era considerado por muchos de sus colegas y subalternos, a veces incluso le costaba encontrar hombres dispuestos a trabajar para él. Sin embargo su fama de gran pescador y marinero de grandes capturas hacía que siempre hubiese alguien dispuesto a servir en el *Embravecido*. Así lo había rebautizado tras heredarlo y así decía en la popa.

Llegó el día que se habían marcado como el de la partida, los nervios les tenían a todos tomados por dentro. Gilliag y Tom por la emoción de emprender el viaje y Leonard, que aún se preguntaba cómo se había dejado enredar para participar de esa locura, no lograba relajarse sabiendo que iba a formar parte de semejante expedición. Los dos primeros tuvieron que trabajar toda la jornada bajo las órdenes de Gallor, conteniéndose de hacer ningún comentario al respecto y de no mirarse demasiado para evitar risas incriminatorias. Leonard en cambio, patrón como era, no trabajó y pasó la mañana preparando la embarcación y cargando ropas, bártulos, aperos de pesca, viandas y víveres para afrontar varios días en alta mar. Principalmente llevó bacalao y arenque en salazón, queso curado, un tarro con mantequilla, frutos secos, unas cuantas manzanas y varias raciones de pan por día. También agua y por supuesto algunas botellas de vino, estaba convencido de que las iba a necesitar.

Cuando sus camaradas regresaron y dejaron terminadas todas las tareas habituales en puerto, con una rapidez inusitada que incluso sorprendió al padre de Gilliag, fueron a reunirse prestos con Leonard que les esperaba en el *Embravecido*, con todo ya dispuesto. Estaba de pie en la cubierta, apoyado en la borda de popa fumando su pipa y con una leve sonrisa.

–Muy bien señores, los cuentos de viejos pescadores nos esperan.

Habían transcurrido apenas unos días de Junio y las vísperas eran muy apacibles. Los días volvían a estirarse gracias a tardes cada vez más largas, de temperaturas calmadas y brisas marinas, salvo alguna tormenta puntual de finales de primavera. Subieron a bordo y tomaron una comida en la misma cubierta antes de partir, compuesta de pescado fresco de su propia captura y algunas hojas y brotes verdes que Leonard había comprado por la mañana, sabían que iban a ser los últimos que comerían en unos días. Tras recoger y limpiar soltaron amarras, haciéndose lentamente a la mar, con la verga de la mayor a medio subir y las escotas sin tensar, de modo que el trapo quedaba ondulante. Algunos de los que andaban por allí, marineros y rederas les miraron extrañados, no era habitual partir a esas horas cuando comienza la tarde. Pero no les prestaron mayor atención, en cuanto se alejaron unas yardas, siguieron a sus asuntos. En cambio cinco gaviotas que habían estado ocupadas rebuscando restos de pescado cerca de los amarres alzaron el vuelo y les siguieron antes de dejar el puerto, sobrevolando la embarcación como despedida. Una vez dejaron atrás la seguridad del puerto de Lond Daer esas mismas gaviotas se volvieron, tres hombres navegando no les producía mayor interés y en la costa había más comida. Así dejaron su ciudad, con el sol en lo alto del cielo pero iniciando el tranquilo descenso hacia el ocaso y unas nubes pálidas allá lejos en el horizonte.

No soplaban apenas viento y aunque ya habían izado y tensado la mayor, Lond Daer fue empequeñeciéndose muy lentamente en el este y una vez les alcanzó la noche aún veían débiles las luces de las casas en la lejanía, apenas un sueño o el espejismo de un naufrago. Esa primera velada tomaron una leve cena pues ya habían comido con apetito al mediodía. Leonard se mantenía al timón con el rumbo siempre puesto en el oeste, Tom y Gilliag hablaban sin parar de cuando veían la luz, entre interrupciones y burlas de Leonard. Puesto que todos eran experimentados marineros, pudieron repartir los turnos por igual para dormir y llevar la nave con buen rumbo. Durmieron sobre la cubierta, tapados con mantas pues aunque Junio, en alta mar el viento y la humedad conseguían helar los huesos del más recio de los pescadores. La primera de las botellas de vino que Leonard había preparado (muy diligentemente ahora a ojos de sus dos camaradas) ayudó tanto al buen sueño como a mantener la temperatura de los viajeros.

A la mañana siguiente habían perdido por completo cualquier rastro de la costa y estaban rodeados totalmente por agua. Un sol enorme y rojo ascendió cauteloso en el este por dónde antes estuviera la ciudad en la que crecieron, tiñendo unos minutos la superficie del mar de dorado y fuego. Aquellas nubes que otearon en su partida en el horizonte como una lejana e inofensiva bruma blanca, vieron que ya les habían alcanzado. Estas parecían estar ahora inmóviles como una gran muralla blanca, todavía distantes, pero frente a ellos y justo en su ruta. La última vigilia y consiguiente turno de capitanía le había correspondido a Tom que despertó a sus compañeros y les puso al corriente de la climatología matinal.

–*Quien busca lo que desea, sufre cuanto merezca* –dijo Tom–, como dicen nuestras madres. Parece que al final nos tendremos que mojar. ¡Mirad! Esas nubes se levantan lejos a muchas millas frente a nosotros, pero cortan nuestra ruta y habremos de pasar debajo de ellas irremediablemente.

Con los ojos rojos y aún los párpados medio pegados miraron como pudieron hacia proa y allá delante una barrera de nubes ensombrecía las aguas que bailaban bajo ellas. Parecían una inexpugnable cordillera vaporosa pero al mismo tiempo poderosa y cruel; blanca, gris y azul. Habían de levantar la vista para ver hasta dónde ascendía en el cielo, tan alta era. Sin embargo en la base, la borrasca era completamente lisa por encima del mar, como cortada a cuchillo, dejando entre la superficie del agua y los pies de la tormenta lo que parecía un estrecho canal aplanado, aunque en realidad tenía decenas de metros de alto, pero cuyas proporciones no alcanzaban a calcular bien, dada la distancia a la que se encontraban todavía.

–Mejor será regresar ahora mismo –dijo rápidamente Leonard–. No podemos seguir y pasar bajo esa tempestad. Viene cargada de lluvia y de viento y de los rayos de Manwë.

–Es la deriva que debemos seguir –respondió Tom–, si queremos tener alguna posibilidad de encontrar la luz.

–Tiene razón, Leo –intervino Gilliag, mientras se frotaba los ojos–. Los que nos han hablado de la luz, por poca credibilidad que quieras darles, todos coinciden en que la vieron cuando estaban a unas dos jornadas de navegación, mar adentro. Apenas llevamos una tarde y una noche entera marchando hacia el oeste. Si queremos ver algo deberíamos seguir navegando durante todo el día de hoy y aguardar a que la noche nos depare algo de buena fortuna, y podamos ver un brillo o un resplandor que nos guíe.

–No puedo asegurar la integridad de la nave si nos adentramos en esa tormenta –dijo Leonard muy serio–. Ni la de todos nosotros.

–Lo sé. Lo sabemos. Pero el barco de mi padre no sería más seguro que este. Eso sin duda. Y nos sería imposible encontrar a alguien que gobernase mejor un barco que tú, al menos en estas condiciones, nadie más capaz y más insensato de lo que tú lo eres para conducirnos entre la marea, los vientos y la lluvia azotándonos. Incluso bajo la furia de los rayos de Manwë, si es necesario.

–Leonard *el arriscado* –apuntó Tom–, como te llaman en *La Zozobrante*.

–Gracias por la lisonja –rió Leonard–. No me llaman así sólo por mi imprudencia a la hora de buscar capturas, también porque una vez casi terminamos el *Embravecido* y yo contra unos riscos. Los acantilados que hay más al norte, entre Lond Daer y Eryn Vorn, descuidé un momento el rumbo del barco, un marinero novato se asustó, casi chocamos contra las rocas persiguiendo unos bancos de peces, así que el chico acabó proclamando mi imprudencia en la taberna y luego las habladurías corren como bien sabéis.

”No obstante y por mucho epítetos que me pongan, sé qué hace tiempo pensáis que mis buenas artes en cuanto al manejo del timón son destacables y no queríais confesarlo por vergüenza. Jajaja ¡Maldita sea! Y ahora habéis conseguido despertar mi curiosidad marinera con cuentos de viejas logrando arrastrarme hasta aquí, no sólo eso sino que lo hacéis valiéndoos de mi propia nave. Pero henos aquí, rumbo al centro del Belegaer, sin ninguna cordura y con más temeridad de la que nuestras edades sugieren. Celebro que ninguno tengamos mujeres en casa que vayan a envejecer esperándonos, llegado el caso que no regresásemos. ¿Estáis ambos de acuerdo y plenamente convencidos en seguir adelante?



—No tengo ninguna duda, *Capitán Arriscado* —dijo Tom con una sonrisa al tiempo que se apartaba del timón, sentándose a un lado y dejando la caña y el gobierno del barco a su dueño.

Leonard acarició la alargada vara de madera, como si fuera la primera vez que la veía, pero consciente que bien podía ser la última. Un fugaz pensamiento de que podía llegar a perder la nave que anteriormente había sido de su padre pasó por su mente, por primera vez. Incluso después de haberla sometido a tantas travesías que otros muchos hubieran calificado como mínimo de arriesgadas, jamás había temido por su barco, el viejo *Espuma Gris* como lo llamaba su padre, hacía años, antes de ser rebautizado por Leonard. Nunca había sentido esa punzada de inquietud, pues siempre confió en su pericia marinera, o en su suerte, o en la fortaleza de su nao. Un viento entró por popa, desde el este, hinchió las velas y se llevó los pensamientos de derrota.

—¿Y bien? —preguntó Leonard mirando a Gilliag y levantando una ceja, inquisitivo.

—Si la respuesta de Tom no es suficiente para incluirme a mí. Así es amigo, seguiremos los tres adelante como dijimos. Eres nuestro amigo y ahora nuestro Capitán electo. ¡Vamos, antes que esa luz se extinga en medio de esta tormenta!

—Más nos vale que esa luz vuestra sea lo suficientemente brillante como para iluminarnos debajo de todos esos nubarrones. ¿Sentís el viento? Ha arreciado y nos sigue llevando directos a la tempestad, pero con más rapidez. Las olas no tardarán en crecer.

—Aún estamos lejos —dijo Gilliag—, sin embargo con este viento antes de mediodía estimo haber llegado a los lindes de la tormenta, espero cruzarla en las primeras horas de la tarde y dejarla atrás cuando caiga la noche, si no antes. Pero recuerda que los mares que se encuentran donde antaño estuvo Númenor siempre son peligrosos y agitados. Nunca se calmaron después del hundimiento de la isla, por muchos años que hayan pasado. Escasos son los barcos que se aventuran en esas aguas, no todos regresan, y los que lo hacen lo consiguen no sin dificultades. Sólo los Elfos que cruzan el Gran Mar desde más al norte tienen la habilidad para salvar estos peligros, ellos siempre dominaron la navegación más que los Hombres. Más que los Hombres de ahora, al menos. Quizá los antiguos Númenóreanos les podían igualar en habilidades, pero sus conocimientos en este campo se perdieron para todos hace mucho, al igual que su isla. Mientras que los Elfos abandonan la Tierra Media para siempre y ya no comparten su sabiduría.

Siguieron navegando casi en línea recta durante toda la mañana, gracias a los nuevos vientos que soplaban revitalizados del este. La tormenta parecía mantenerse inmóvil, sin que la vieran desplazarse o cambiar de rumbo alguno, eso al menos les parecía al carecer de medidas de tierra para asegurarlo. Leonard no obstante había virado la nave ligeramente al norte para evitar las aguas más cercanas a la antigua Númenor y escapar todo lo posible de aquel oleaje violento. No habían tomado nada desde el desayuno, apenas una manzana y una ración de pan con mantequilla, así que estaban hambrientos. Tom dispuso para comer arenques en salazón, queso y pan con mantequilla y para cerrar compartieron unos frutos secos, avellanas y almendras del otoño anterior.

Sobrepasaron las primeras nubes sueltas sin percatarse, entretenidos como estaban en satisfacer su apetito. Aún no habían terminado de comer cuando les pareció que se hacía de noche. Al levantar las miradas vieron que se habían adentrado en la tormenta como si lo hiciesen en una cueva ancha pero achatada, sin paredes y con el techo de nubes y el suelo marino. Atrás, por donde habían ingresado en la espesura de nimbos, veían brillar todavía los rayos de sol. Fueron alejándose en la distancia sin que ninguno de los tres quisiera dejar de contemplarlos, eran hermosos y cálidos y parecían seguros. No como navegar por debajo de aquella masa gris y azul oscuro que ahora les observaba desde arriba, amenazante. Parecía que en cualquier momento iba a descender súbitamente sobre ellos, aplastándoles y destruyendo la nave. O que el extremo del mástil rasgase la base de la borrasca, abriendo sus entrañas para que esta descargase toda su lluvia sobre ellos. Les dio tiempo para guardar los víveres antes de que el viento arreciara incluso más. Apenas habían terminado de cerrar los

tambuchos de popa que usaban como despensa cuando unas fuertes ráfagas hincharon con un brusco golpe la mayor, precipitando la nave hacia adelante, como si la tormenta quisiera tragarlos rápidamente. Leonard ordenó aliviar la tensión de la vela aflojando las escotas y así reducir velocidad. Al principio les funcionó pero el viento seguía aumentando al mismo tiempo que se introducían más y más en la tempestad. Así transcurrieron un par de horas y creían que sus cálculos se estaban cumpliendo, si seguían ese ritmo al final de la tarde podrían haber atravesado por completo la tormenta. Aunque ahora se hallaban metidos de pleno en ella y no alcanzaban a ver ni principio ni final. Todo eran nubes y olas. Y no olas pequeñas, con la fuerza del viento redoblada, los embates del mar fueron más violentos también y a Leonard le costaba mucho mantener un buen rumbo y cortar por encima de las olas, evitando que la nave saltase en el agua para hundir al instante la proa en el mar. A veces podía evitarlo, pero cuando no, una espuma blanca y turquesa invadía la cubierta. Gilliag y Tom se esforzaban en conducir el agua por las troneras de drenaje, para que no se acumulase.

Fue ese el momento que eligió la lluvia para aparecer. Una fuerte tromba de agua empezó a caer de pronto, sin trueno ni rayo alguno que la hubiese anunciado. La poca ropa que habían conseguido mantener seca, se les terminó de calar. Hacía horas que no veían el sol y se encontraban mojados, ni con el ejercicio que estaban realizando conseguían entrar en calor. El frío les asaltó. Sus movimientos se volvieron más torpes y les suponían un esfuerzo mayor, pero siguieron luchando para intentar salvar la situación. Apenas tenían visibilidad más allá de los límites del barco, pues espesa como el humo de una hoguera era la cortina de lluvia. Las ráfagas la transformaban en fría y la hacían caer oblicua golpeándoles en la cara. Aun así percibieron que el viento había ido rolando y ahora soplaba de tramontana, llevándoles al navío y a ellos hacia el sur, al centro mismo del Belegaer. Por muy hábil que fuese, nada podía hacer Leonard contra el temporal que les golpeaba. Era como si la tormenta hubiese aguardado, reservándose toda su virulencia para descargarla sobre ellos cuando los tuviera en el centro de su red, a su merced. La nave era incapaz de responder al rumbo que le pedían, se dejaba llevar arrastrada por los fuertes vientos y los envites violentos de las olas, que azotaban sin clemencia alguna tanto a babor como a estribor. Y el *Embravecido* respondía, quejándose con crujidos secos y chasquidos en las entrañas. A Leonard le dolía tanto como al barco cada sonido que su buque emitía, cual lamento. Los vientos arreciaron todavía más, las olas crecieron saltando constantemente por encima de la cubierta. La situación era desesperada.

Entonces se oyó un terrible crujido, el sonido inconfundible del tronco que se parte y se desgarrar. El mástil se precipitó a popa crepitando y la verga de la mayor se descolgó con rabia, cayendo fieramente donde estaban Tom, Leonard y Gilliag. Estos dos últimos consiguieron saltar y lanzarse hacia adelante, por lo que quedaron cubiertos por la vela. No vieron cómo Tom, que no había tenido la misma agilidad, fue golpeado violentamente en la cabeza por la madera robusta del travesero, abriéndole una brecha por la que la sangre roja y oscura brotaba mezclándose con la intensa lluvia. Su cuerpo cayó sin conciencia, con las piernas dentro de cubierta pero el tronco, la cabeza y los brazos descolgados por la borda. Dos embates del mar y las dos olas consiguientes fueron suficientes para arrojarlo al Belegaer sin que sus compañeros lo supieran siquiera, tratando como estaban de zafarse de debajo de la vela, no pudiendo hacer nada por él. El Gran Mar se lo llevó sin compasión y ya nadie nunca volvió a ver a Tom con vida. El Belegaer en el que había crecido lo tomó entre sus encabritadas olas y pasó a ser parte de las mismas aguas. Pero tiempo después su cuerpo fue restituido al mundo y devuelto a su hogar, para que pudieran honrarlo y darle descanso.

La nave estaba ahora a merced de los crueles mares que los envolvían y no cesaban de golpearles con poderosas olas de agua y espuma negra que rompían contra ambos costados. En su caída hacia popa el mástil se había encontrado con la caña del timón, destrozándola y haciéndola totalmente ingobernable e inapta para la navegación. Gilliag y Leonard consiguieron salir de su trampa de tela y cabos ayudándose el uno al otro y descubrieron consternados que Tom había desaparecido.

—Tom... —alcanzó a decir Gilliag con voz trémula.

Leonard buscaba nervioso alrededor con los ojos espantados, no por los múltiples destrozos que sufría la nave, eso no le importaba, si no por qué no veía a Tom. Se miraron con rostros de dolor y miedo. El barco seguía zarandeado por el temporal y la lluvia que no amainaban, arrojados en cubierta como dos bártulos más de los que había tirados, llamaron a su amigo con gritos desesperados. Sujetándose al pasamanos de la borda y asomando las cabezas lo buscaban con la mirada, pero sólo veían olas subiendo y bajando, lluvia y espuma marina que les golpeaba repetidamente. Gritaron el nombre de Tom hasta extenuarse, a cada voz dada les dolía la garganta, pero no obtenían respuesta, ni la obtendrían. Lo sabían aunque no quisieran asumirlo. Sabían que jamás volverían a ver a su compañero. Las lágrimas se les deslizaron a los dos amigos por las mejillas, pero se perdían entre las gotas de lluvia y eran arrastradas al mar, con todas las demás.

Tras pasar no supieron cuánto tiempo así, aunque fueron horas gritando el nombre de Tom a las olas en la noche, el cansancio y el abatimiento les alcanzó. La tormenta fue calmándose y la lluvia cesó gradualmente hasta ser apenas una fina capa de gotitas invisibles y el viento poco más que una brisa de alta mar, y luego nada. Las nubes se levantaron en la noche, silenciosas, dejando sólo como rastro unos pocos jirones olvidados. Pero no se dieron cuenta, simplemente se durmieron. El agotamiento los había vencido y se quedaron agarrados cada uno a un costado del barco, tirados en el suelo pero con un brazo y la cabeza apoyados en el antepecho de la borda. Así, sin saberlo, la marea fue llevándolos más y más hacia el oeste, perdiéndolos a la deriva de aguas desconocidas y alejándolos de sus casas.

Todas las lágrimas que habían llorado por Tom se hundieron en lo profundo del Belegaer, pero no se perdieron. Fueron halladas por cuatro de las Oarni de Ulmo y las leyeron y supieron distinguir entre ellas y el resto, pues criaturas marinas como eran vivían en las profundidades y conocían todas las gotas que le daban forma al mar. Pudieron así distinguirlas de las demás. Les conmovió descubrir que las lágrimas estaban cargadas de pena y dolor por la pérdida del ser querido. Dos de las Oarni nadaron velozmente a la búsqueda del cadáver de Tom, antes que se dañara su cuerpo puro o fuese devorado por alguna bestia sin nombre. Muchas millas hubieron de recorrer antes de hallarlo pues se había alejado mucho de donde cayese al agua, perdiéndose su rastro en la noche. Pero lo encontraron y lo llevaron sobre las olas del mar. Y al amanecer del tercer día tras la partida, su cuerpo llegó flotando plácidamente sobre las aguas hasta el puerto de Lond Daer, tumbado en un lecho verde de algas y plantas marinas. Tenía los brazos doblados y las manos en el pecho, y lucía una corona de coral rojo y turquesa y gris plata en la cabeza, cubriéndole la herida. Su rostro estaba en paz y volvía a ser hermoso y joven. Así lo descubrieron los lugareños, que ya sabían de la desaparición de los tres amigos. Pudo la madre darle digna sepultura al cuerpo de su hijo y llorarlo durante muchas noches. Sin embargo de Gilliag y Leonard nadie supo nada en mucho tiempo y todos creyeron que sus cuerpos se habían perdido en la mar, sufriendo peor destino que el de Tom.

Las otras dos de las cuatro Oarni siguieron el reguero de lágrimas que como diminutos puntos dorados de un rastro que se perdía en la oscura distancia, las guiaron hasta donde se encontraba el *Embravecido*, ahora vencido. En las últimas horas negras antes del alba, alcanzaron la nave sobre la que dormían los dos compañeros, agotados y también vencidos. Inspeccionaron los sentimientos tanto de Gilliag como de Leonard, que las dejaron tristes y emocionadas a causa del dolor y el amor que sentían hacia su amigo, por lo que decidieron auxiliarles. Condujeron la nave primero muchas millas al norte y luego más todavía hacia el oeste, pues ahora era la costa más cercana a la que llevarles. Con mucha habilidad y llevando la embarcación por una vía segura sortearon una barrera de bajíos rocosos e islotes yermos, sin vegetación ni fauna que los habitase, salvo un puñado de aves. Una línea de rocas y salientes pedregosos y abruptos que ocultos bajo una espesa niebla, guardaban toda la línea

de la costa desde el punto más septentrional hasta el extremo sur. Nadie podía superar esta defensa natural, salvo el más hábil de los marinos y algunas criaturas de Ulmo.

De este modo apareció el amanecer, tímidamente. Primero como una ligera claridad que desde lo lejos empezaba a encender el cielo y luego tras la salida de los primeros resquicios de sol, refulgieron las olas con el color del fuego. Gilliag fue el primero en despertar, agitado en sueños por el frío y la humedad de la ropa mojada. Vio que el barco avanzaba rápidamente y con rumbo fijo, sin desviarse. Pero no había ninguna vela hinchada que lo impulsara, ni remo alguno que lo moviera. Estaba completamente desorientado. No sabía a qué costa desconocida se dirigían, ni qué hora era o cuánto había dormido. Unas verdes y estrechas praderas se atisbaban en la distancia y tras ellas unas montañas de las que no conocía el nombre. Altas y orgullosas eran, poderosas y antiguas, como si los pilares mismos del mundo asomasen por fuera de las profundidades de la tierra. Eran de roca viva y la cima, como signo de su antigüedad, estaba coronada por una cabellera de blanca nieve. La cordillera ocupaba toda la línea del horizonte y no podía decir si esta tenía principio o final. Cuanto más se acercaban a ellas, más imponentes e infranqueables parecían. Despertó a Leonard llamándolo y sacudiéndolo. Este abrió los ojos y vio lo mismo que Gilliag antes, la deriva firme del barco, la costa desconocida y las montañas lejanas.

—¿Pero qué...? —Pudo decir extrañado— ¿Pero cómo...?

—Tampoco lo sé —dijo Gilliag—. Pero no encontramos a Tom anoche. Debió de sucederle algo horrible durante la tormenta y se perdió en el mar —empezó a llorar.

—El Gran Mar siempre ha sido cruel y peligroso —respondió Leonard acordándose de Tom, aunque también de su padre—. Pero serénate amigo, seguro que se fue en paz y su cuerpo encontró el justo reposo que merece —le costaba guardar las lágrimas, pero pudo mantenerse entero—. Ulmo cuida de sus marineros, pues sabe que aman el mar tanto como él.

”Pero estoy confuso. No conozco estas costas y creo conocer muchas millas del litoral que rodea Lond Daer. Y aquellas en las que no he navegado, sí las he visto en mapas y cartas, tampoco así encajan en ninguna de la Tierra Media. Además, si no he perdido el juicio por completo, de dónde venimos el sol se levanta por el este, desde las montañas. Y se pone hacia el oeste, hundiéndose en la mar. En cambio ahora tenemos el sol a popa, levantándose desde el mar, en el este. Pero ahí delante, en el oeste, hay tierra y montañas. ¡Es imposible!

”En una ocasión vi una carta marina, un viejo pergamino rasgado, con manchas y alguna esquina rota, que detallaba las costas de Arda tal como fueron, tiempo atrás. Un viejo dibujo de la Tierra Media, Númenor y más allá el Reino Bendecido. Pero no nos está permitido. La tierra de Valinor está cerrada a los Hombres. Y es inalcanzable por mar.

—Sí, nos hablaste de ella y nos esbozaste unas líneas para que lo viésemos Tom y yo —dijo Gilliag ya sin llorar pero todavía recobrando la voz—. Pobre Tom. A él le gustaban las viejas leyendas y los enigmas. Seguro que ahora podría ayudarnos. Le compadezco. Acabar así siendo tan joven, incluso más que nosotros. Espero que como dices haya encontrado el descanso.

”Y en cuanto a la carta náutica, Leo, ¡mira detrás de ti! No sólo el sol naciente y el mar tenemos a popa. Entre esa niebla espesa y baja que se aleja rápidamente, parecen intuirse unos islotes o rocas. Como dijiste que se llamaba esa barrera que protege las costas de Aman de que ningún barco pueda llegar navegando. Perdidas... Olvidadas...

—¡Las Islas Encantadas! —gritó Leonard.

—Sí, exacto. Eso mismo.

—Creo —dijo Leonard muy serio—, que los dos hemos tragado mucha agua salada, está claro que hemos enloquecido —termino la frase entre risas. Gilliag rio también y ambos se quitaron un poco del dolor, bien fuera por la risa o por los mares en los que navegaban—. ¡Valinor! ¡No se puede alcanzar! Es una tierra que pertenece a los sueños, a los Valar y a los Elfos.

—Tampoco se puede navegar sin vela ni timón y sin embargo lo estamos haciendo.

Como despertando de un trance o un sueño inexplicable, se miraron y se abalanzaron juntos a la proa del barco. Se tumbaron allí y miraron hacia las olas que el tajamar cortaba,

como una vara que se agita en el aire sin encontrar resistencia. Bajo las aguas y la espuma, se dejaban ver unas figuras femeninas de cuerpo descubierto y cola de animal marino por piernas. No les vieron el rostro pero una tenía una melena de color oro ondulante y la otra una trenza negra que le caía por la espalda. Eran réplicas vivientes y nadantes del viejo mascarón que adornaba la proa del *Embravecido*.

Leonard y Gilliag se miraron de nuevo a los ojos y se dejaron caer sobre la cubierta, estallando a la vez en una risa que no hubiesen sabido decir si era de locura, incredulidad, sorpresa, miedo o alivio.

Estando allí tendidos, vieron cómo la mañana se levantaba en el mundo, casi con tanta rapidez como avanzaban aproximándose a las verdes costas. Se volvieron a dormir, con el calor plácido del sol que les secaba la ropa y les confortaba el corazón, y mecidos por el suave balanceo del casco como dos niños. Unas horas más estuvieron navegando llevados por las Oarni. Cuando llegaron cerca de la costa era próxima la hora del mediodía, el barco se detuvo lentamente y ambos se despertaron. Se pusieron en pie y vieron que apenas estaban a unas pocas yardas de la playa. Ya no había nadie a lo proa del barco, guiándolo. Pero al volver la vista hacia el este atisbaron unas figuras que se alejaban nadando bajo las olas y saltando sobre ellas, jugueteando como si delfines fueran. Incluso les pareció escuchar una risa.

Saltaron a la playa y nadaron y se arrastraron hasta la orilla. Para ser marineros era la vez que más se alegraban de pisar tierra. Una tierra realmente hermosa. Ante ellos se levantaba una imponente cordillera de paredes escarpadas y lisas de roca pura. Ahora lucían grises e inalcanzables, era imposible decir si el sol de mediodía no generaba ninguna sombra en ellas, o era que realmente no tenían apenas grietas, pliegues o hendiduras a las que alguien se pudiera aferrar, salvo algún insecto de patas pegajosas. Las montañas eran más altas conforme se adentraban en tierra, así las más lejanas tenían las cimas cubiertas de nieves, pero las delanteras eran como muros de piedra gris jaspeada de oro por el sol. Delante de las montañas, donde ellos se encontraban, había una franja de pequeñas dunas verdes salteadas de flores que las coloreaban. Alternamente veían glaucios dorados y naranjas, también hierbas de tallos gruesos y diminutas flores púrpuras y azules, o mielga marina de flores amarillas y delicadas. Y otras muchas más que no tenían nombre. Más adelante había un cordón de tierra cubierto de hierba verde y fresca, entre los montículos y las paredes rocosas. Como una alfombra vegetal con alargadas y estrechas hojas en vez de hebras e hilo. Caminaron descalzos primero sobre las hierbas y las flores y luego sobre el verde pasto. Este les acariciaba suavemente los pies, era agradable y reconfortante. Al andar por él con los pies desnudos sintieron que se les curaban las heridas y los arañazos que tenían, y que un vigor y una energía los animaba por dentro. Caminaban, pues cuanto más lo hacían mejor se sentían, y sin motivo alguno fueron conduciendo sus pasos hacia el sur, bordeando la costa y con las montañas a la derecha.

—¿Qué te parece? —Preguntó Leonard al viento— Somos extranjeros en un mundo inaccesible que nos cura las heridas por el simple contacto con él. No sé si se trata de magia, o de algo propio de estas tierras maravillosas.

—Es propio de esta tierra, creo —respondió Gilliag—. Y propio de un sueño también. Porque eso es esta tierra realmente. Es como caminar en un sueño. Pero tú mismo lo has dicho, somos extranjeros, forasteros. ¿Qué pasará cuando sepan que estamos aquí?

—Quizá ya lo sepan.

—¿Crees que seremos bien recibidos?

—Creo que seremos bien recibidos. Pero no creo que seamos bienvenidos, Gill.

—Es posible que lo sepamos mucho antes de los era de esperar. ¡Mira adelante!

Gilliag señaló al horizonte y Leonard siguió con la mirada la dirección a la que apuntaba el dedo. Más adelante el terreno ascendía en lomas y colinas más altas, poco a poco iban perdiendo la vegetación hasta convertirse en cerros baldíos y pedregosos. Algunos tramos bajaban hasta el mar en rectos acantilados y otros en pendientes escarpadas, todas

impracticables para los pies. Vieron a lo lejos una figura que caminaba por el borde, cerca del precipicio, pero que alternadamente se acercaba y se alejaba de él. Cuando se acercaba lo miraba un instante, a veces se llevaba la mano izquierda a los ojos para protegerse del sol. Pero en cambio cuando no miraba hacia el mar se centraba en la palma de su mano derecha. Sin atender a donde iba o donde ponía el pie. Y así seguía caminando constante y aleatoriamente, como un pájaro en tierra que da vueltas sin sentido buscando una semilla. Una y otra vez acercándose al barranco y mirando ya fuera el mar o la mano. Cuando lo tuvieron más cerca les pareció que murmuraba algo. Iba vestido con lo que habían sido ropas elegantes y elaboradas con cuidado, pero ahora estaban desgastadas, viejas y sucias; las perneras estaban hechas jirones. Apenas levantaba la vista de la palma o del suelo, sólo cuando miraba hacia las olas del mar, pero pudieron ver que era un Elfo hermoso. O más bien lo había sido. Un Alto Elfo de rasgos bellos y cabello oscuro, con un señorío y orgullo olvidados. Virtudes que había lucido en otro tiempo pero que ya ni siquiera él podía recordar.

No les prestó atención hasta que los tuvo muy cerca. Hablaba, sin duda, hablaba constantemente como repitiéndose algo a sí mismo. Pero hablaba en élfico, y ni Leonard ni Gilliag le entendían, era Quenya. Cuando ya los tuvo encima dijo algo y les miró sus ropas, fugazmente les analizó el rostro a cada uno pero sin llegar a mirarles directamente a los ojos y de nuevo bajó la vista. Volvió a fijarse en cómo iban vestidos y puso cara extraña. Pero no les prestó más atención y siguió farfullando mientras movía la cabeza baja, como un tic.

–Bienhallado, señor –dijo Gilliag–. ¿Podría ayudarnos? Hemos naufragado y...

Calló repentinamente al ver que el elfo se había quedado quieto y en silencio, como analizando las palabras. Leonard lo miraba atónito. De repente volvió a hablar, pero ahora lo hacía en la Lengua Común, aunque seguía sin hacerlo directamente con ellos. Tampoco les volvió a mirar a la cara, pero al escuchar las palabras de Gilliag era como si hubiese cambiado el idioma de su interlocutor interno, alternadamente intercalaba algunas palabras en Quenya.

–¡Muy profundo! –Decía–. Sí, el abismo marino lo guarda... *Gaer*. Lo llevó. Se lo llevó. ¡Se lo llevó! Lo engulló. *Mirë*... Yo lo lancé, con fuerza y rabia. Me dolía, dolía y quemaba... Ah, el cruel Belegaer. ¡Muy hondo! Sí. Estaba jurado, yo juré, padre juró, todos juramos. Lo lancé, lo lancé. Pero era hiriente. No podía, o sí... Y ahora está perdido, *Gaer*, el Mar lo deseaba... Lo engulló, estaba esperándolo. Lo deseaba. ¡Quemaba y dolía! Saltaron, saltaron a recibirlo, las olas... Quemaba, quemaba en la mano –seguía mientras miraba y se cogía la mano–. Aunque era nuestro era de los Noldor, de padre, mío. Era de los Noldor. ¡Lo juramos! Aún cae. Duele. Ninguno queda ahora. *Rúnya*. Todavía quema. ¡Vil mar! Lo querías, mar. Perdido. Yo lo tiré. Sí. Y había jurado... Allá en los abismos. Quemaba en la mano, hería. ¡Duele y quema! Las olas...

Y así constantemente, sin cesar, caminaba y musitaba lamentos inconexos. Leonard y Gilliag estuvieron un momento observándolo y escuchándolo unos minutos. Un grupo de desconocidos subieron caminando por el camino que seguía hacia el sur de las colinas. No los advirtieron hasta que estuvieron sobre ellos, bien por las ropas que se confundían con el entorno, bien por el andar sigiloso imposible de escuchar. Eran unos diez. Iban vestidos con ropas hermosas, elegantemente bordadas. Botas ligeras, mallas grises y camisetas ceñidas de faldón largo y sujetas con un cinto. Eran de color verde y plata, turquesa y oro, y otros muchos colores fantásticos. Las telas parecían brillar, como sus rostros, que les parecieron hermosos. Pues más que brillar se diría que eran rostros luminosos, de facciones delicadas pero severas. Jóvenes y profundas a la vez. De perfiles sabios y majestuosos. Una belleza que encerraba un antiguo conocimiento y una fuerza inalcanzable para ellos. Todos tenían la piel blanca, pero los cabellos eran dorados, o grises como la luna, o pardos como los tonos del bosque. Y altos, no había ninguno que fuera más bajo que Gilliag (que era el más alto de los dos), de hecho le sacaban como mínimo cuatro pulgadas. Iban armados, la mayoría lucía una espada corta colgada del cinto, un par de ellos llevaban a la espalda un arco y un carcaj. Antes de llegar donde estaban los amigos, uno se adelantó.

–*Halla! Dîn!* –Dijo en su lengua–. *Man nalye? Man naa esselya?*

En los breves segundos que necesitó para decir esto, los otros ya se habían posicionado a los lados, encerrando a Gilliag y Leonard. Por supuesto eran Elfos, pero de aspecto distinto al que hablaba sólo. Y vestían diferente.

—Calma, no entendemos —intervino Leonard—. Estamos cansados y heridos. Hemos naufragado y venimos caminando desde...

—*Hildor!* —Dijeron varios elfos con aspecto sorprendido. Uno de ellos, el mismo que se había adelantado hablándoles en su lengua, lo hizo ahora en la Lengua Común.

—¿Quiénes sois? No podéis estar aquí, no podéis haber llegado hasta aquí. Este país os está cerrado. Creímos que erais elfos de alguna otra Casa hasta que habéis hablado, por eso nos dirigimos a vosotros en Quenya. Mi nombre es Turen. No podéis estar aquí. Está prohibido hablar con Maglor, prohibido para todas las razas. Maglor está enfermo y no se permite que nadie hable con él. Su mente se arruinó tras lanzar el Silmaril —al escuchar su nombre no reaccionó pero al oír Silmaril, Maglor levantó la mirada un momento y al instante siguió con sus murmullos—. Desde entonces vaga por esta costa, desde donde lo lanzó, lamentándose y deseando que reaparezca. Debemos regresar, debéis venir con nosotros, por favor.

Los dos estaban atónitos, sólo pudieron decir ‘Sí’ uno y ‘Por supuesto’ el otro. Aunque lo pidieron amablemente y con suavidad, era una orden y tenían que seguirles. Los elfos dieron media vuelta y se posicionaron para partir de regreso, mirándoles e *invitándoles* a acompañarles. Los llevaron más al sur por sobre los acantilados yermos donde estaba según sabían ahora, Maglor, el hijo de Fëanor que arrojara el último de los Silmarils al mar.

Siguieron avanzando por estos collados que se iban volviendo más grises y rocosos, el camino se estrechó y era pedregoso. La tarde caía alrededor y el sol ya no era visible tras las cimas, apenas les ofrecía escasa claridad y una alargada sombra a este lado de las montañas. Durante la marcha Leonard y Gilliag fueron interrogados por los elfos, acerca de sus nombres, su historia o su viaje. Fueron sinceros y les hablaron de la muerte de Tom, pero también de la luz y el motivo de su viaje. Esto inquietó a la escolta élfica, pero nada más les dijeron al respecto.

Las colinas se volvieron más y más abruptas hasta que se vieron marchando por un sinuoso sendero que discurría prácticamente por el saliente de un acantilado, sin baranda ni pasamanos ni cuerda donde asirse, y con el mar allá abajo rompiendo contra las faldas de piedra, al final de una terrible caída. La pared era casi un muro frío y liso con un saliente de roca de apenas tres pies de ancho por el que tenían que marchar en fila de a uno. No podían discernir si era un escalón natural, u obra de hábiles manos élficas que lo habían tallado durante años. Tampoco lo preguntaron. La pared era ligeramente curva e iba girando hacia la derecha, de repente un brazo de piedra se desprendía de la pared principal hacia la izquierda, y formando una arcada semicircular se unía en el otro extremo a unas rocas más bajas que continuaban hacia el sur, perfilando la costa. Estaba completamente suspendido y bajo él pasaba el mar adentrándose en una bahía calmada, tan amplia era esta abertura que podían podrían discurrir por ella dos barcos a la vez sin que los cascos se tocasen. El arco de roca tendría varias varas de ancho y podía abrazarse entre tres hombres, si para ello no se tuvieran que suspender a cuarenta pies de altura o más, sobre la superficie del agua.

El sendero torció a la derecha dejando atrás el arco y bordeando unos riscos, entonces vieron la ciudad por primera vez, a la luz del atardecer y con el encendido de las primeras luces y lámparas. Detrás de la arcada rocosa y final de la bahía que se ensanchaba tras las paredes de piedra, se levantaba una urbe toda de mármol blanco, adornada con miles de perlas y ópalos que brillaban como estrellas del firmamento por toda ella. También había otras gemas de infinitas colores y matices, que alegraban la vista y engalanaban la ciudad. Y cientos de lámparas de oro refulgían con fuego que alejaban la noche y la tristeza. Había decenas de torres nacaradas desde las que se podía contemplar la llegada de los barcos y la bahía misma, pero una era más alta que todas las demás, hermosa y con mayor cantidad de joyas si cabe que el resto. El puerto que se extendía a los pies de la ciudad era luminoso, pues infinidad de

lámparas con cálidos colores dorados brillaban iluminando los barcos. Una gran cantidad de ellos había amarrados, y otros pocos quedaban navegando en la bahía. Todas las embarcaciones eran blancas, como sus velas y algunas lucían perlas marinas en el casco, la cubierta o los mástiles. La mayoría tenían forma de cisne y eran grandes, mayores que cualquier nave de Lond Daer, enormes aves con las alas plegadas a los costados, la cola en popa, y el pico y la cabeza a proa. Del centro les brotaba un firme mástil que sujetaba el velamen, pero había otras que no eran veleros y se impulsaban con unos remos cuya pala terminaba en forma de ala de cisne abierta. La belleza de la ciudad, los barcos, el mar y toda la vista que tenían, dejó a Gilliag y Leonard maravillados.

–¡Bienvenidos a Alqualondë! –Dijo Turen–. Puerto de los Cisnes. Ciudad de Olwë, Señor de los Teleri. Aquella bella y alta torre blanca es la Torre de Olwë, su hogar. Ya deben saber que venís. No creo que muchos más *hildor*, hombres, hayan visto lo que vosotros ahora. Apostaría que ninguno.

Rio, y entonces los elfos empezaron a entonar una canción alegre que parecía hablar de su puerto, de las blancas naves, del mar y toda la belleza de aquel país, aunque no entendieron los que cantaban. Siguieron descendiendo hasta la ciudad, por la pared de roca. Así llegaron Leonard y Gilliag a Alqualondë.

Las nuevas acerca de su llegada, como suele suceder con las noticias, se les habían anticipado llegando antes que ellos mismos. Cuando atravesaron la ciudad ya se habían congregado muchos elfos por las calles y plazas para ver a los dos Hombres que habían llegado por mar, atravesando el Belegaer. Los condujeron a través de la ciudad, esta ascendía desde los puertos hacia las faldas de las montañas en empinadas calles adoquinadas, o cubiertas de conchas marinas grandes como la palma de una mano. Indistintamente se abrían a los lados callejuelas y plazas planas cargadas de árboles como rellanos verdes. Numerosas casas, columnas, algún templo y mansiones conformaban las calles, todas alternadas con muchos árboles y zonas verdes. Estaban decoradas con motivos marinos como dibujos o escenas cinceladas en el propio mármol y terminados con perlas. También había letras, *tengwar* ilegibles para ellos, coronando infinidad de dinteles de puertas.

A través de todo esto les condujeron hasta una estancia que habían dispuesto velozmente para ellos, tras saber de su llegada. Eran un par de modestas habitaciones unidas por un salón pequeño, en el que un balcón balaustrado permitía ver hacia el lado derecho, una parte del puerto y las lámparas. Una puerta estrecha se escondía en una equina y tras ella un baño con agua caliente les esperaba. En cada habitación les habían preparado un jergón y sobre ellas ropas para que pudieran cambiarse, no les sorprendió que acertaran con la talla.

–Ahora debéis permanecer aquí –les informó Turen–. No se os permite abandonar estos aposentos, ni andar libremente por la ciudad, de momento. Mañana seréis recibidos por mi señor Olwë y él decidirá sobre vuestro futuro. ¡Aunque no temáis nada malo! Sois extranjeros, no enemigos. Por lo pronto descansad, mientras tanto se os traerá comida. Habrá una guardia en la puerta de entrada, por si necesitáis algo. ¡Hasta mañana!

–¡Alqualondë! –Repetían ambos constantemente, después que ambos se hubieron bañado y terminaron de cenar. Una cena a base de carne de ave con uvas pasas, hojas verdes y brotes y un poco del mejor queso que habían probado nunca. Además para disfrute de Leonard, les dejaron una botella de un vino blanco excelente. La primera copa la bebieron a la salud de Tom, tras apurarla decidieron que el resto de la botella también lo terminarían a la memoria de su amigo. Y estuvieron hablando de él durante mucho tiempo, recordando buenos momentos juntos, pero también su trágica partida.

–Ahora sí me puedo considerar un buen marinero –dijo Leonard–. Alqualondë... ¡JA! Si nos viera más de uno que yo me sé, nos tomarían por mentirosos como Gunt o por locos como Ern. Y sin embargo aquí estamos, vivos creo, en Valinor. Por las olas de Ulmo...

–Sí. Y es una ciudad fantástica –añadió Gilliag–.



–Lo es, sin duda.

–¿Qué crees que nos sucederá mañana? –Pregunto Gilliag–.

–Ah, ¿cómo podría saberlo? No lo sé Gill, no lo sé amigo. Pero no temo nada malo, como dijo Turen. Si quisieran devolvernos al mar con nuestra embarcación, rota como está creo que ya lo habrían hecho. O arrojarnos al acantilado por espías. No, estas son buenas gentes. Gentes pacíficas y felices que viven en una ciudad deslumbrante. Mañana sabremos.

–Cierto, esperaremos a mañana.

–Y cuando antes nos acostemos, más corta será la espera. No sé a ti, pero a mí el cansancio y el vino me están venciendo, y mi cuerpo me pide descansar en una cama.

–Sí, a mí también. Incluso estoy poco hablador esta noche –rio Gilliag–. Aún estoy atónito de nuestra presencia aquí. Y también me sigue siendo muy reciente la muerte de Tom. Descansa Leo, buenas noches.

Los dos fueron a dormir y descansaron durante toda la noche, sin sueños ni desvelos que les inquietaran.

A la mañana siguiente cuando despertaron, encontraron que en el salón les habían llevado unos bizcochos tostados de sabor afrutado para desayunar, junto a mantequilla, agua, y bayas y moras del bosque. Desayunaron y justo al terminar les llamó Turen desde el umbral de la puerta.

–*Alassi'aure!* –Dijo animado–. Es el momento de acompañarme. El señor Olwë os espera en la Torre. Estad calmados anoche hubo un tardío consejo, se debatió durante horas y consultaron a los que habíamos hablado con vosotros, él os dirá las conclusiones. No debéis preocuparos, quizá recibáis noticias que os agrade escuchar. Pero vamos, no soy yo quien deba deciros esto, ya os espera. ¡Vamos!

Salieron y volvieron a atravesar una parte de la blanca ciudad, ahora más luminosa si cabe con las luces de la mañana brillando sobre el mármol níveo. Los guiaron hacia el este, hacia los puertos, en dirección al sol ascendente y hacia el mar. Cerca de los embarcaderos y espigones se levantaba la Torre de Olwë. Lisa era salvo por las piedras incrustadas y perlas que lucía, muy alta y hermosa. Pálida y resplandeciente. Cruzaron su entrada y les condujeron por una escalera en espiral que ascendía dejando a los lados corredores y puertas a diferentes lados. Muchos niveles por encima del suelo, llegaron a un amplio salón abierto y con vistas a la bahía y más allá la arcada de roca y el Belegaer. Tres pilares tallados como olas encabritadas sostenían el travesero del marco de la balconada. La sala era totalmente diáfana, con las paredes cubiertas de mármol verde y turquesa y marfil. En ellas había mosaicos engarzados representando cisnes, y barcos, y animales marinos, y olas, todos contruidos como un puzle pero las teselas eran preciosas y gemas, de cientos de colores.

En el centro de la sala, había tres elfos. Uno muy alto de largo pelo color plata que sujetaba con una diadema de ondas azul marino trenzadas. El rostro parecía muy antiguo y noble, como quien ha visto muchos inviernos aunque estos no le hayan afectado, y atesora toda la sabiduría de los años, conservando la fuerza. Los otros dos, uno a cada lado, le eran muy semejantes de aspecto y bien podían ser familiares suyos, tanto por los rasgos como por el señorío que transmitían. Todos les miraban con una expresión amable, pero sólo habló el del centro.

–*Maare tulde* –dijo–. Bienvenidos. Mi nombre es Olwë, Señor de los Teleri y de esta ciudad, el Puerto de los Cisnes. Bienvenidos a ella y a estas tierras. Conozco vuestros nombres, Leonard y Gilliag, pero no a quién pertenece cada uno –ellos se presentaron–. Bien, aquí estáis. En el Reino Bendecido, en Valinor, en Alqualondë. Y no podéis permanecer aquí, aunque yo así lo quisiera o ese fuese vuestro deseo. No os está permitido. A ningún hombre mortal. Habéis atravesado el Belegaer, habéis pisado Aman, incluso habéis conocido a Maglor, o lo que queda de él. La vuestra ya es una azaña lo suficientemente asombrosa, por equivocadas que fueran las causas que la motivaran, como para ser cantada.

”Sí, conozco el *porqué* de vuestro viaje. Así como todo lo que ocurrió. Los vientos y los mares de Ulmo me lo han dicho, y vosotros mismos revelasteis mucho ayer a Turen y los demás. ¡Debéis desistir de ello! Aunque estabais en lo cierto, esa luz es el Silmaril mismo que Maglor arrojó al mar, pero ya visteis cómo le dejó. A él y a todo su linaje. Esa joya no puede reaparecer por el bien del mundo, demasiados conflictos y guerras se desencadenaron por la codicia y el odio que despertaban los Silmarils. Bien sabemos los Teleri acerca de las desgracias que puede desatar –bajó la mirada un momento como si recordara–, mucho sufrimos y lloramos por ello, y aún lo mantenemos despierto. Pero los agravios del pasado se recuerdan para poder evitar que se repitan en el presente. Por eso guardamos el secreto, para que no vuelva a reaparecer. Los Teleri somos los únicos que cruzan los mares ahora, y los únicos que saben de esa luz. Salvo algunos de vuestros marineros, a los que pasivamente conseguimos que veáis como unos locos o unos ebrios, quitando así legitimidad a sus historias. Así pues, siquiera mencionarlo os está totalmente vetado. Esa será la única condición que se os exigirá para regresar a casa. Pese a que no sepáis cuál es la ubicación exacta de la luz.

”Cuando vuestra nave naufragó, las Oarni os salvaron. Imploraron a la misericordia de los Valar para que se os permitiera regresar, pues conocían la pérdida de vuestro amigo, así como el dolor que sentíais a través de las lágrimas que derramasteis. Ulmo medió a vuestro favor, señor como es de todos los marineros, y por él se permitió que el barco cruzara los Círculos del Mundo hasta aquí, llevado por las Oarni. De cualquier otro modo, o por vosotros mismos, habría sido del todo imposible y hubieseis perecido en la mar. Nosotros también somos un pueblo marinerero y nos alegramos de teneros aquí por un tiempo.

”Sin embargo ahora no hay naves que partan al este, así que tendréis que esperar un tiempo antes de poder cruzar de nuevo. Pero sois nuestros invitados. Podemos compartir muchas cosas antes de separarnos. Por supuesto seréis libres de andar por la ciudad de Alqualondë, aunque no la podéis abandonar. ¿Aceptáis las condiciones?

–Por supuesto –dijeron Gilliag y Leonard al unísono, encantados pese a que tampoco les habían dejado ninguna otra alternativa. No preguntaron qué sucedería si rechazaban–. Claro, estaremos encantados.

Olwë se despidió junto con sus dos acompañantes, que parecían testigos de los que les habían de decir, pues no hablaron en todo el tiempo. Se limitaron a asentir y a sonreír. Turen que había estado escuchando la conversación desde un rincón les acompañó de nuevo a la salida y a sus estancias. Allí les dijo que le habían encargado que se quedara con ellos todo el tiempo que fuesen a permanecer en Alqualondë, como acompañante y guía, no como vigilante ni carcelero.

Desde entonces Leonard y Gilliag pasaron casi todo el tiempo con Turen y los tres se convirtieron en grandes amigos. Les enseñó la ciudad, cada una de sus plazas, anduvieron por todas sus calles y ninguna les parecía aburrida. Pasaban largas tardes en los embarcaderos hablando del mar, de navegar y de lo que habían vivido hasta llegar allí. Turen les contó todo lo que sabía de Olwë y de la historia del Puerto de los Cisnes, les relató entre lágrimas el episodio de la Matanza de los Hermanos de Alqualondë, y las canciones acerca de Valinor, les describía cada detalle para que les fuera lo más nítido posible en la mente ya que no podían viajar allí. De él aprendieron todas las historias del Reino Bendecido. Pero de otros también elfos aprendieron la poesía, o perfeccionaron la navegación, aprendieron de la construcción de barcos a la manera élfica, se iniciaron en la escritura de *tengwar* así como en el Quenya y el dialecto Telerin, y muchas otras artes adquirieron. Además fueron invitados constantes a la mesa de los elfos y nunca olvidarían, ni serían capaces de emular o describir con exactitud los manjares que allí degustaron.

Pero llegó el día en que les dijeron que un barco partía hacia el este, pues había de recoger a unos muy ilustres viajeros. La embarcación partiría hacia Lond Daer, desembarcaría allí a Gilliag y Leonard y luego seguiría al norte hasta los Puertos Grises. Entristecieron cuando les dieron la noticia, aunque también ellos sentían la necesidad de regresar a sus hogares, ver

a sus familias y que estas dejaran de lamentarse por su pérdida. Muchos días habían pasado, o lo que ellos creyeron muchos días, pues el tiempo transcurre diferente y extraño en Aman, desde que naufragaron y fueron rescatados. Una fuerte amistad que ninguno olvidaría ya mientras viviese, les unía ahora a Turen. La despedida fue triste. Les acompañó por última vez hasta el puerto, donde amarraban los barcos-cisne, a través de Alqualondë y pasando de nuevo entre los elfos que se reunían para verles marchar, pero esta vez con caras tristes y de adiós. 'Namarië' y 'Tenn'oió' decían muchos, y 'Nai Eru varyuva le' repetían otros. Así anduvieron por el camino que bajaba, entre palabras de despedida y alguna canción entonada de fondo.

Montaron en un velero blanco y descargaron las pocas cosas que llevaban, pues la mayoría del equipaje eran buenos recuerdos que guardaban en sus corazones.

—Mis queridos amigos —dijo Turen—, echaré mucho de menos vuestra compañía y pasar las tardes con gente tan joven como vosotros. Siempre llevaré el recuerdo el tiempo que pasamos juntos en la memoria. ¡Hasta siempre! *Tenn'oió! Mára lendë!*

—Adiós Turen —se despidió Gilliag con lágrimas en los ojos—. Ambos sabemos que no, es imposible, pero ojalá volviésemos a encontrarnos algún día. Has sido una compañía y un amigo excelentes. ¡Adiós! *Mára mesta!*

Leonard, emocionado balbuceó una corta despedida, aunque lo negara apenas podía hablar. Y el blanco navío se fue alejando lentamente del puerto, mientras Turen y Olwë que también estaba allí y otros muchos elfos les despedían con la mano. Decenas de embarcaciones grandes y pequeñas les acompañaron en su partida por la bahía hasta atravesar el gran arco de piedra, pero eso lo hicieron solos. Saliendo a mar abierto y dejando atrás a muchos amigos, que ahora empequeñecían en la lejanía del horizonte.

—Allá va el país más hermoso que veremos jamás —dijo Leonard una vez habían dejado atrás el umbral rocoso—, y al que nunca volveremos. Nuestra vida antes plena, temo que triste y desconocida vaya a parecernos ahora.

El Belegaer era ahora poco más que una balsa de agua calmada, a pesar de los agradables vientos que impulsaban la nave. Además de Leonard y Gilliag, otros tres elfos formaban la tripulación. Les dijeron que la travesía sería de dos noches y tres días, pero que con ellos evitarían las tormentas y las aguas revueltas y llegarían a destino con los estómagos enteros. Llevaban multitud de viandas para que los cinco pudieran afrontar el viaje sin racionar nada, a pesar del gran apetito de los dos amigos y del placer que habían desarrollado por la comida élfica.

Al anochecer del segundo día, los elfos sacaron unas botellas de hidromiel y vino que habían reservado para esa última velada juntos. Cuando ya habían repetido varias veces las canciones que conocían y repasado todo el tiempo que los dos hombres habían pasado con ellos en Alqualondë, Gilliag preguntó.

—Por cierto, no había pensado antes en ello. Las guerras de la Tierra Media terminaron hace meses, antes que partiésemos a la mar y naufragásemos. Los Elfos abandonan todas aquellas costas, buscando el occidente. ¿Qué motivo os trae de vuelta a los Puertos Grises?

—Bien —dijo el capitán— creo que ya podéis saberlo, pues en cuanto os dejemos en Lond Daer, seguiremos rumbo al Norte directamente. Como conocéis hemos de recoger a unos viajeros que van a Valinor, se les ha permitido vivir en el Reino Bendecido con los Valar y con los Elfos. Pero en una cosa estáis equivocados, creo, los dos. No hace meses que terminaron las guerras, ni han pasado semanas desde que partisteis de vuestro puerto. El tiempo corre extraño y diferente en Aman, respecto de la Tierra Media. Lo que a vosotros os han podido parecer días o unas pocas semanas, fuera en el resto del mundo el tiempo se ha deslizado mucho más deprisa. Mis amigos, estamos navegando a principios del otoño en Septiembre del año 3021 de la Tercera Edad. Han pasado dos años y medio desde que partieseis de Lond Daer. Vamos a los Puertos Grises para embarcar a los Tres Guardianes y a los últimos Portadores del Anillo. Parten a Aman en un último viaje y somos los encargados de llevarles.

Ni uno ni otro pudieron volver a decir nada en un buen rato. Se quedaron varias horas pensando en lo que les acababan de decir, intentando entender los extraños designios del tiempo. Pero también pensando en sus familias, los padres de Gilliag y la madre de Leonard hace mucho tiempo que habrían dejado de llorar por ellos. No les habrían olvidado claro, pero posiblemente habría una tumba vacía y con sus nombres en algún sitio. Sin duda tendrían muchas cosas que contar y muchas explicaciones que dar, a su regreso.

La noche siguió avanzando y poco a poco iban despertando de su conmoción y confusión temporal. Entonces los Elfos se agitaron, apagaron todas las lámparas del barco y les llamaron. Fueron a proa y no podían creer lo que veían. A apenas una milla, en plena oscuridad del Gran Mar, un enorme resplandor blanco y amarillo se atisbaba ya desde la lejanía. Como si todas las luces y lámparas de Alqualondë iluminasen las profundidades del mar, o como si la tierra misma se hubiese desgarrado, mostrando bajo las olas el imponente fuego de sus entrañas. Se fueron acercando y lentamente pasaron sobre la luz. La misma luz que les llevase a hacer aquel viaje. La misma por la que Tom murió. El Silmaril de Fëanor que nadie sabía que seguía existiendo, salvo los Teleri. En mitad de la noche el casco de la nave atravesó unas olas nacaradas y salteadas de oro que aisladas en medio del Belegaer, parecían un oasis luminoso y brillante, hermoso y peligroso, en medio de la oscuridad envolvente. La siguieron con la mirada mientras se acercaban y al pasar junto a ella, y fueron a popa para ver cómo iba empequeñeciéndose y perdiéndose en el oeste, disfrutando de la luz unos minutos más. Poco a poco pasó, quedó atrás, volvieron a la oscuridad de la noche y encendieron de nuevo las lámparas.

—Un pequeño gesto de despedida de Olwë —les confesó el capitán—, así nos dijo: *ya que saben de la existencia de la luz, mas juraron no revelar este secreto a nadie, justo es que puedan contemplar su belleza al menos una única vez, como mínima compensación por la pérdida de su amigo y por tener que dejar atrás estas tierras que no les son permitidas.*

Ambos con el corazón más satisfecho se acostaron y durmieron en paz, como si siguieran en Alqualondë escuchando los sonidos del mar, mientras el barco siguió surcando silencioso la noche oscura y la mar en calma.

Así, recorridas muchas millas más y a la tarde del día siguiente la blanca nave arribó a Lond Daer y desembarcó a Leonard y a Gilliag. Y si no era suficientemente extraño ver aparecer un barco élfico en esos tiempos y en esos lugares, más lo fue ver descender de él a los dos marineros perdidos hacía mucho y que todos consideraban muertos. Vestidos con ropas élficas, por añadidura, y se mantenían jóvenes como si el tiempo no hubiese pasado por ellos. Sin duda tuvieron muchas historias que contar, empezando por dónde habían estado todo ese tiempo. Las contaron y las cantaron durante muchas noches, pues ahora eran afamados oradores y aplaudidos cantores. Durante meses y meses animaron muchas veladas en *El velero Zozobran* con el relato de su viaje, siempre había algún extranjero que todavía no había oído la historia de boca de los protagonistas. Pero nunca contaron el motivo de su viaje, ni lo que vieron a la vuelta.

Mientras tanto el nívico velero partió de nuevo, encontrando sus tres tripulantes una ruta al norte en el anochecer envuelto en brumas marinas y cantos alegres, rumbo a los Puertos Grises. Allí donde al día siguiente había de cumplir una de sus últimas travesías, llevar a Frodo, a Bilbo, a Gandalf, pero también a Galadriel o a Elrond al otro lado del Gran Mar. Y ni Gilliag ni Leonard, ni ningún otro de los habitantes de Lond Daer, llegaron a saber jamás cuáles iban a ser sus nobles sucesores a bordo.

Fin.